

— ❧ —  LOS SIN MIEDO ❧ —

AL FINAL DE LA COSTA DE LA MUERTE

JOSÉ MARÍA PLAZA



edebé

AL FINAL ^{DE} LA COSTA ^{DE} LA MUERTE

JOSÉ MARÍA PLAZA

edebé

© del texto, José María Plaza, 2011
© Ilustración de cubierta, Noemí Villamuza, 2011
www.lossinmiedo.com

Proyecto y dirección: EDEBÉ
© Ed. castellana: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño y dibujos interiores: Els Altres
Fotografías del autor

1.^a edición, marzo 2011

ISBN 978-84-683-0049-8
Depósito Legal B: 67-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Blanca Andreu, recordando los paseos por la vieja
ciudad alrededor de la Plaza María Pita.*

*A Sari Mañá Miralles, por su ayuda en las páginas del álbum
fotográfico y en otros diseños.*

*A Óscar Moreno-Vassart, al que le gustaba volar,
voló y ha vuelto levemente en ese primo
de Álvaro que tiene su nombre.*

*A Carmelo Santidrián, que es de Burgos, pero se fue a respi-
rar aires gallegos por mucho tiempo.*

*A Puri Vázquez y Borja Vázquez, agradeciéndoles que me
acompañaran en ese viaje de búsqueda
de escenarios hasta Finisterre.*

*A Susana Mayoral, que es de Madrid, pero ama Galicia
y le gusta perderse en la Costa de la Muerte
bajo la luna nueva.*



1. En la Torre de Hércules

Todos hemos soñado alguna vez con encontrar un tesoro pirata. Nosotros, también.

Nunca habíamos hablado de ello hasta entonces, porque normalmente no se suele hablar de esas cosas en la vida diaria. Los tesoros aparecen en las películas o en las páginas de los libros de aventuras que suceden en el mar, aunque Cristina, que es la que más lee de la pandilla, no recordaba ninguna historia de ese tipo; sobre todo, porque le gusta leer libros de cosas reales y decía que encontrar el mapa de un tesoro pirata es una fantasía que no ocurre jamás en la vida normal.

A los demás también nos lo parecía. Por una vez Belén, David y yo coincidíamos. Sin embargo, una tarde ocurrió algo que cambiaría nuestras vacaciones.

Estábamos los cuatro en la Torre de Hércules, curioseando lo que había por allí, cuando algo cayó de las páginas de un libro antiguo que yo acababa de coger. Nada más abrirlo contemplé cómo una hoja doblada planeaba suavemente en el aire.

—¡El mapa de un tesoro! —susurró David, y en voz alta, añadió—: ¡Me lo pido!

Antes de que los demás reaccionásemos, se agachó, tomó aquel papel amarillento, lo guardó debajo del jersey y empezó a dar vueltas en círculo, mientras trataba de silbar y sonreír al mismo tiempo, como si no hubiera pasado nada.

Cristina, que tiene una vista de lince y se entera de todo, notó que el vigilante nos miraba desconfiado, así que se acercó a nosotros.

—¡Vámonos, vámonos cuanto antes de aquí! ¡Disimulad!

—Yo ya estoy disimulando —dijo David, que siguió sonriendo, como si fuese un chino, y empezó a silbar tan fuerte que todos los que había en la sala se volvieron, mientras el vigilante se acercaba con cara de pocos amigos.

Miré por todos lados rápidamente para tratar de hallar

otra salida, pero una torre es un espacio muy limitado, al menos, a lo ancho.

Por suerte, Belén nos echó una mano sin pretenderlo. Nuestra amiga, que es la más deportista de la pandilla y adora la naturaleza, tenía entre las manos un catalejo que parecía de la época de Barbarroja. Con él observaba por la ventana el punto más alejado de la costa.

—¡Eh, chicos! —señaló, ajena a lo que estaba pasando—. Allá al fondo hay una cueva entre las rocas. Seguro que se puede entrar cuando baja la marea. ¡Hay que ir a explorarla! ¡Venid, que os la enseño!

Y cuando se dio la vuelta se encontró, cara a cara, con el vigilante, quien le arrebató el catalejo, le dijo que esos objetos eran muy valiosos, que si no sabía leer, y le señaló el cartel de: *Se prohíbe tocar.*

Belén aguantó, como pudo, aquella pequeña bronca. Cuando nos alcanzó no estaba de muy buen humor.

—¿Por qué no me habéis avisado? —se quejó, mientras saltaba las escaleras de dos en dos—. ¿Por qué no me habéis esperado? ¿Por qué...?

—Luego te lo explicamos —le dije, sin pararnos—. Ahora hay que irse de aquí lo más lejos posible.

—¿Es que ha pasado algo?

Salimos de la Torre de Hércules, atravesamos una larga pradera y tuvimos que seguir corriendo sin parar hasta alcanzar la orilla del mar. Entonces nos adentramos en unas rocas y bajamos por ellas para protegernos de la curiosidad ajena.

—Mirad —dijo David, mostrándonos el papel amarillento—. ¡Este es el mapa del tesoro!

—¡Eh! —para Belén era toda una sorpresa—. ¿De dónde lo habéis sacado?

—De un libro que había en un armario —respondí—. Estaba en la Torre...

—¿No os ha visto nadie? —preguntó Belén—. ¿No os han dicho nada?

—Casi.

La respuesta de David no era demasiado clara.

—¿Qué?

—Creo que el vigilante no se enteró muy bien de lo que pasaba, pero sospechó algo. Vimos cómo se nos acercaba disimuladamente. ¿A que sí? Venía hacia nosotros. Como era un lugar cerrado, no teníamos escapatoria. Y entonces fue cuando interviniste tú...

—¿Yoo? —Belén pensó que le estábamos tomando el pelo.

—Sí, cuando dijiste lo del catalejo, el tipo te vio con ese trasto en las manos y corrió hacia ti. Sin pretenderlo, desviaste su atención y nosotros aprovechamos para pasar de largo y escapar.

—¡Me podías haber avisado!

—No nos fue posible —dijo David como si estuviera representando una obra de teatro—. Teníamos un destino superior: debíamos cumplir nuestra misión.

—¿Quééééé?

Belén no fue la única en sorprenderse ante estas palabras. David, sin embargo, sabía lo que decía (aunque lo dijera de esa forma tan rara), y nos mostró el mapa que empezó a desdoblar con cuidado.

—Este es el mapa de los piratas. ¡Vamos a ver dónde han escondido el tesoro!

—Ten cuidado. Ese papel es muy antiguo y se puede romper.

Mi advertencia llegó demasiado tarde: una pequeña ráfaga de viento se levantó y sacudió al mapa, rasgándolo por la mitad. Por suerte, David no soltó ninguna de las dos

partes y apretó las manos para asegurarse de que no escapaba de sus dominios.

—¡Qué viento! —se quejó Cris, intentando controlar aquella situación tan imprevista, así que se llevó una mano a la cabeza para apartarse su pelo tan largo, y la otra, al vestido, que parecía un globo.

Cris, a diferencia de Belén, no suele llevar nunca ropa deportiva.

—¡Cuidado con el mapa! —insistí.

—Tranquilo, que ya no se me escapa. Lo tengo dominado —y sonrió—. Luego le ponemos un celo, y ya está, ¡a buscar el tesoro pirata!

David apretó el mapa entre sus manos, victorioso y seguro de dominar la situación. Pero estábamos en terreno enemigo...

De repente, una ola más rápida y más grande que las demás estalló al pie de las rocas. Unas gotas de agua nos cayeron encima, con la mala suerte de que una de ellas alcanzó el mapa que David intentaba proteger con su cuerpo. Solo se mojó un poco, pero fue más que suficiente.

Nosotros lo tuvimos peor y nos quedamos empapados. Sobre todo, Belén, cuyas deportivas hacían *choc-*

choc al correr, como corrimos, intentando alejarnos de la costa.

Nos paramos en la entrada del recinto de la Torre de Hércules. Habíamos quedado con mi primo Óscar, todo un descubrimiento para las chicas, pero aún faltaba media hora para la cita y el viento seguía soplando sobre nuestros cuerpos empapados.

—¡Uff! —suspiramos a la vez.

—Este ma-ma-ma-ma.... —intentó decir algo David, mostrándonos el mapa, mientras sus dientes castañeteaban como un tamboril.

También nosotros temblábamos de frío. Así que corrimos hacia un café que había al fondo y nos sentamos alrededor de una mesa al lado de la ventana.

—¡Qué bien se está aquí!

Fue la opinión general y lo primero que dijimos una vez que entramos en calor. Luego pedimos cuatro vasos de leche casi hirviendo, y nos quedamos un buen rato acariciando el cristal.

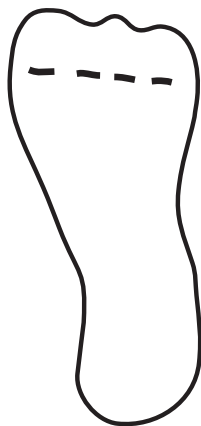
Éramos los únicos que estábamos en aquel café. David, una vez que se aseguró de que no entraba nadie, sacó las dos partes del mapa y las colocó encima de la mesa.

—¿Esto qué es? —se preguntó Belén.

Aquel dibujo no se entendía nada, hasta que Cris cogió una de las dos partes del papel y le dio la vuelta.

—¿Veis?

Entonces vimos un dibujo completo hecho por alguien que apenas sabía dibujar. Nos llamó la atención una especie de pie o de huella con unas señales, lo que quería decir que aquel era el lugar donde se había escondido el tesoro. Aquel pie estaba entre un faro y unas olas, que indicarían el mar.



—¡Ya lo tenemos! —dijo David, entusiasta—. Aquí está el tesoro pirata —y señaló las marcas.

—Sí, eso ya lo vemos —dije, tratando de analizar la si-

tuación—. Pero no sabemos en qué parte han escondido ese tesoro. El dibujo de un faro no nos sirve de nada. Todo el norte de España está lleno de faros.

—¡Vaya!

De repente nos quedamos decepcionados y pensativos. Teníamos un mapa del tesoro delante de nuestras narices y no podíamos hacer nada. Hasta que Cris se levantó, dio unos pasos en círculo dentro del café, y volvió, muy decidida.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Tiene que ser eso! ¿Cómo no se nos ha ocurrido?

—¿Qué?

Dio la vuelta a los dos papeles que había en la mesa y entonces contemplamos otro mapa más amplio. Arriba se veía una gran torre, situada al comienzo de lo que parecía ser una costa que iba haciendo eses, y debajo había otra torre igualmente grande, que parecía ser...

—¡Finisterre! —dijo Belén—. Seguro que es Finisterre.

—Esta es la Costa de la Muerte —añadió Cris, que no conocía muy bien Galicia, pero se maneja de maravilla en Internet—. El tesoro está en algún punto de la Costa de la Muerte —repitió, y lo hizo con tristeza.

El agua había alcanzado el mapa y se había quedado borroso más de medio plano, incluido el lugar en el que el pirata posiblemente había enterrado el tesoro. No sabíamos en qué parte de la Costa de la Muerte, entre una playa y un faro, estaría lo que buscábamos. La decepción fue general.

—¿Qué hacemos?

—¡Habrá que recorrerse todos los faros!

—¿Y quién nos va a llevar hasta allí?

—Podrías decirselo a tu primo Óscar.

Mientras mis amigos hablaban sobre nuestro complicado futuro de buscadores de tesoros piratas, yo me levanté y me fui a la otra ventana del café. En realidad no miraba a ningún lado. Estaba pensativo y tenía la sensación de que si no seguíamos bien la pista habríamos fallado, no sé a quién, pero habríamos fallado.

Porque no es cierto que nosotros encontrásemos el mapa del tesoro. Al revés: fue el mapa el que nos encontró a nosotros.

Dicho así parece absurdo, lo sé.

La verdad es que cuando subimos a la tercera planta de la Torre de Hércules, un finísimo rayo de sol entraba por la

esquina de un ventanal y, tras atravesar el lugar, apuntó directamente al lomo de un libro amarillento que estaba disimulado entre otros muchos, perdido entre libros más grandes, desplazado hacia el fondo. Era el único iluminado.

Enseguida presentí que allí había un mensaje clave y que el libro me estaba llamando. Así que avancé unos pasos, tomé el libro, lo abrí al azar y a mis pies cayó ese mapa que ahora, partido y borroso, teníamos entre manos.